

[Capítulo 1]

Se llama “Casa de los Azulejos” la casa matriz de la cadena de restaurantes Sanborns, ubicada en el centro de la Ciudad de México, muy cerca del zócalo. Como dicho nombre lo indica, el edificio está cubierto de azulejos. Se considera como “uno de los edificios más hermosos de América Latina”. Este edificio tomó la forma actual a principios de los años 1700, es decir, ha sido expuesto al aire y la lluvia durante casi 300 años aguantando el ir y venir de un sinnúmero de personas y vehículos.

El interior del edificio no le va a la zaga a la belleza de su vista exterior, creando un ambiente que invita a los visitantes al bello mundo barroco. Como otros edificios antiguos, esta “Casa de los Azulejos” también está construida de piedra pero, lejos de dar una sensación de frialdad a los visitantes, les ofrece cierta amabilidad y elegancia, tal vez debido a que se ocultó la superficie gris de la construcción de piedra. Los azulejos en azul claro y blanco, las puertas de madera con relieve, el jardín imperial dibujado en las paredes y, además, las columnas de piedra con relieve parecido a encajes; todo esto transforma la frialdad en la amabilidad.

La denominación exacta del estilo arquitectónico de esta “Casa de los Azulejos” es “Churriguerismo”, creado en la época postbarroca. Por lo general, el estilo churrigueresco se caracteriza por su excesiva decoración, que inclusive se considera a veces como de un mal gusto. Sin embargo, esta casa muestra un estilo refinado tal vez por el gusto fino de la condesa, dueña que emprendiera la reconstrucción de este edificio. No estaría mal que fuésemos a tomar un café para sentir por un momento la emoción de ser una condesa.

La “Casa de los Azulejos” constituye verdaderamente un acervo cultural, orgullo del pueblo mexicano. Sin embargo, sería de extrañarse que se haya convertido en un restaurante de Sanborns accesible para todo el público, sin ser como el palacio de huéspedes de honor de Japón que existe sólo para alguna clase social determinada. Se podrá resolver este enigma al enterarse de la relación que ha existido entre la historia de la familia del conde que ha durado más de 300 años, y los hermanos norteamericanos Sanborns.

A propósito, el primer japonés que visitó este edificio fue Tsunenaga Hasekura del señorío feudal Date.

Casa de los Azulejos

[Capítulo 2]

En 1614, a fines del mes de marzo, la delegación de Tsunenaga Hasekura enviada a Europa, entró en la Ciudad de México y fue hospedada en la “Casa de Azulejos”, actual restaurante de Sanborns. Era la mansión particular del conde Vivero, una de las familias más antiguas y adineradas durante la época colonial que duró 300 años, aproximadamente.

¿Por qué la misión de Tsunenaga llegó a quedarse en esa mansión del conde Vivero? ¿Por qué vino a México y no a algún otro país latinoamericano? Eso se origina del arribo a las costas de Onjuku, en la provincia de Chiba, que hiciera Rodrigo de Vivero, primera generación de la familia Vivero que obtuviese el título de conde. Rodrigo de Vivero era gobernador de las Filipinas, ocupadas en aquel entonces por España. “El día 30 de septiembre de 1608, habiendo cumplido con su deber, emprendió su viaje de regreso y salió del puerto de Manila para Acapulco. Fue sorprendido por una tempestad que lo obligó a flotar a la deriva durante 75 días, y finalmente el barco naufragó. Abrazándose a una cuerda del barco, arribó a las costas de Japón” Así escribió posteriormente en su libro titulado “Cosas del Japón” (traducción por la autora). Ese país fue bautizado con el nombre Filipinas en memoria del rey español Felipe II, quien reinaba España cuando dicho país fue conquistado y colonizado en 1571.

Aquí veamos un poco el dominio español sobre sus colonias. A partir del descubrimiento de América por Cristóbal Colón, en 1492, España inició su conquista de América Latina. Colón hizo cuatro viajes en total (entre 1492 y 1502) en torno a Cuba, creyendo hasta el momento de su muerte que eran islas cercanas a La India. Se dice que creía inclusive que en su última navegación pudo llegar a las costas de China, mismas que en realidad eran de América Central y del Sur.

Al confirmarse que se trataba del Nuevo Mundo, no sólo Diego Colón, hijo de Cristóbal Colón, sino muchos españoles emprendieron el viaje de conquista. A principios del año 1500, fueron conquistados algunos países como Haití, República Dominicana, Puerto Rico, entre otros. Cuba fue colonizada en 1514, México en 1521, y las Filipinas en 1571. Cuando el conde Vivero arribó al Japón, España ya había concluido su conquista en toda América Latina, excepto Brasil.

Los españoles emplearon a los indígenas para la explotación de minas de oro y plata. Debido a la esclavitud, en pocos años casi se exterminaron los indios de Nueva España como de Haití y República Dominicana. Al surgir la plantación de caña de azúcar, se “importaron” los esclavos negros de África como fuerza de trabajo. De este modo, surgieron algunos países compuestos principalmente por la raza negra.

Volvamos a la situación en el Japón relatada por el conde Vivero, quien hubiera sido arrojado a las tierras de Onjuku, Chiba. Dice; “Un cristiano japonés que nos acompañaba, nos avisó que habíamos llegado a Japón. El

informó a los habitantes de dicho pueblo que yo era gobernador de las Filipinas, y que durante el viaje de regreso a México fui sorprendido por un tifón y arrojado hasta allí.”

La comitiva del conde Vivero, integrada por 370 hombres, fue acogida con hospitalidad, y viajaron para hacer una visita de cortesía a Ieyasu e Ietada Tokugawa. Aquí mostraré un extracto de las impresiones del Japón que el conde tuvo durante el viaje.

“En todos los lugares que visitamos, fuimos recibidos con gran hospitalidad. Las habitaciones de los grandes señores (feudales) eran construidas de madera, elegantemente decoradas en diversos colores como dorado, plateado. Respecto a los armamentos, eran superiores a un rey y no parecían de una familia aristocrática.

Llegamos a Surunga (Suruga) que tenía una población de unos 120,000 habitantes. Estaban alborotados por la visita de los extranjeros. El emperador (se refiere a Ieyasu) se encontraba al fondo de la residencia, atrás de la protección con tres puertas. La vigilancia era mucho más rigurosa que la del príncipe (Ietada).

El emperador se encontraba sentado en una silla cubierta de terciopelo azul, y a su lado izquierdo estaba preparado un asiento igual para mí. Estaba vestido de una prenda de tela lisa azul con numerosas estrellas y medias lunas bordadas, y tenía una espada a su lado. No traía gorra en la cabeza, ni un adorno. Su cabello estaba bien recogido y amarrado con un hilo de color. Me dijo que deseaba ofrecerme todo lo posible, así como el rey de España me lo hace, y que yo podría pedir a sus allegados cualquier cosa que quisiera. Yo le expresé mi gratitud diciendo que me gustaría besarle la mano.

Por fin llegamos a Meako (quiere decir la capital Edo), famosa en el mundo por su grandeza. Había tres conventos de las órdenes dominicana y franciscana. Me quedé hospedado con los “Padres Descalzos” de la orden franciscana. En Nochebuena, se reunieron en misa un gran número de cristianos y, al verlos festejando la Navidad, no puede ocultar mi gran emoción. En Yendo (Edo) hay un convento franciscano, el único en el país reconocido oficialmente por el príncipe.

Se unieron unos monjes budistas para solicitar al emperador que expulsara del país a los hermanos cristianos. El emperador les preguntó cuántas religiones y órdenes existían en Japón. Los monjes le contestaron que eran 35. El emperador les dijo: “Si hay 35, no importará que sean 36. Déjenlos vivir allí.”

Por fin, entra en materia el encuentro del conde Vivero, gobernador de las Filipinas, con Ieyasu, pero antes de ello Ieyasu hizo al conde dos preguntas inesperadas. Una de ellas se refería a la moda de los españoles. (continuará)

Historia de la Casa de los Azulejos

Tokiyo Tanaka, profesora de UNAM

[Capítulo 3]

La familia Vivero, dueña de la “Casa de los Azulejos”, era la familia noble más antigua y renombrada en la época colonial mexicana que duró 300 años, aproximadamente. El conde Vivero, la primera generación de esta familia, fue nombrado gobernador de las Filipinas. En 1608, en su viaje de regreso a México, el barco naufragó y arribó a las costas de Onjuku, en la provincia de Chiba. Después de haber sido atendido con el mayor cuidado y hospitalidad de los habitantes del pueblo, emprendió un viaje para hacer una visita de cortesía a Ieyasu Tokugawa. Posteriormente, el conde informó a los reyes de España los acontecimientos que había experimentado en Japón. Parece muy interesante conocer las impresiones que hubiera tenido de Japón un hombre de la nobleza de primer orden en aquel entonces.

En dicho informe, el conde cuenta que Japón, un país pagano, practicaba un culto idolátrico ante “unas imágenes parecidas a las que había en la ciudad de México”. ¿Querría decir esto que aún se encontraban en México algunos “ídolos” adorados por el pueblo azteca, después de haber transcurrido unos 90 años de la conquista de México por Hernán Cortés (1521)?

En el libro que escribió el conde, podemos observar algunas menciones que para nosotros japoneses van en contra de los hechos reales. Un ejemplo de ello es que se refiere al shogun Ieyasu Tokugawa usando el título “Emperador Taikosama”. ¿Por qué convirtió a Ieyasu en Emperador Taikosama?

Como el conde Vivero no entendía japonés, lógicamente andaba acompañado por un intérprete. Parece que le servía de traductor un padre franciscano llamado Sotero. Este padre había vivido en Japón por muchos años, y después viajó a México, en calidad de embajador, acompañando a Tsunenaga Hasekura. Se dice que el padre Sotero era gran conocedor de los asuntos de Japón, dominando el idioma japonés. Debería de saber perfectamente que el “Emperador” de Japón residía en Kyoto, y “Taikosama” se refería a Hideyoshi Toyotomi y no a Ieyasu. Entonces, ¿por qué razón se refería al shogun Ieyasu empleando el término “Emperador Taikosama”?

En realidad, el hombre llamado “Emperador Taikosama” ya se había vuelto muy famoso en México. En la Catedral de Cuernavaca, hay un mural que representa a los 26 mártires de Nagasaki. Uno de estos mártires era llamado Felipe de Jesús, primer mexicano que posteriormente fuera canonizado por el Papa. En la pintura mural se insertó, en letras grandes, la leyenda que dice: “El Emperador Taikosama mandó a martirizarlos”. Este martirio tuvo lugar en 1597, y el Taiko Hideyoshi falleció al siguiente año, en septiembre de 1598. La palabra “Taikosama” del mural se refiere al mismo Taiko Hideyoshi.

Entonces, ¿el conde Vivero habría confundido a Ieyasu con Hideyoshi? Parece que no. No sería posible que el padre Sotero, conocedor de la situación de Japón, no estuviese enterado de que, después de la muerte de Hideyoshi, el

poder había caído en las manos de Ieyasu. Tampoco le beneficiaría nada traducir el nombre del nuevo soberano Ieyasu con un título falso. Por el contrario, haría que todos lo considerasen como el anticristiano que mandó a martirizar, lo cual resultaría inconveniente para la diplomacia futura.

Lo que podríamos pensar es que el padre Sotero empleó la palabra Taikosama, muy conocida en México, como un título honorífico para el soberano, sin entrar en el tema de la compleja estructura del poder en Japón. En la actualidad, Taiko se aplica casi como el sinónimo de Hideyoshi, pero originalmente no era nada más que un título otorgado por el emperador, y no es un nombre propio de Hideyoshi. Por lo tanto, no se podría afirmar que el padre Sotero se hubiera incurrido en un error.

Otra posibilidad sería que el conde Vivero confundiera Taikosama con un nombre propio como el “Rey Felipe”, pensando que se sucedía el nombre propio al igual que en la costumbre española de sucesión como Felipe II, Felipe III, y por eso llamó a Ieyasu por el nombre Taikosama.

¿Cuál sería más cercano a la verdad? Podríamos deducirlo del hecho de que llamara al shogun Ieyasu por “Emperador”.

Casa de los Azulejos

Tokiyo Tanaka, profesora de UNAM

[Capítulo 4]

En el capítulo anterior, vimos que el conde Vivero, en su informe dirigido a los reyes de España, se refería a Ieyasu Tokugawa empleando el título de “Emperador Taikosama”, y pensamos por qué Ieyasu se habría convertido en “Taikosama”. En esta ocasión, me gustaría buscar la razón por la que al “Shogun” Ieyasu se le llamaba “Emperador”.

Podríamos suponer, en primer lugar, que el conde Vivero consideraba como “Emperador”, al estilo europeo, a Ieyasu quien ocupaba el poder supremo en Japón, sin saber de la existencia del emperador. Sin embargo, los hechos históricos no lo corroboran. El conde Vivero permaneció en Japón casi dos años. Durante su estancia, asistía a algunas ceremonias oficiales como invitado especial y conocía personalmente tanto al emperador de ese entonces como a Ieyasu, a la vez. Por lo tanto, lógicamente estaba enterado de la existencia del emperador y, además, no se le podría escapar de la vista la figura de Ieyasu que siempre se hallaba un paso atrás del emperador.

Entonces, ¿por qué se atrevió a usar “Emperador” para llamar al Shogun Ieyasu? Parece que esto se debe a la situación particular de España. Echemos un vistazo a la historia de España correspondiente a esa época. El padre del rey español era Carlos I, quien era, a la vez, el emperador Carlos V del Sacro Imperio Romano. En el momento de su muerte, dejó el puesto de emperador a su hermano menor Fernando I, y el trono de España a su hijo Felipe II. El emperador representa al que tenía el mando de los reyes de otros países, y en este sentido su puesto era superior al del rey. Sin embargo, la sucesión del emperador no era hereditaria como es el caso del rey, sino que se elegía según la capacidad.

Por ejemplo, los cinco emperadores de la Antigua Roma (Trajanus y Hadrianus, entre otros) no llegaron al trono por sucesión familiar, sino fueron designados por su propia capacidad. Por otro lado, Napoleón se levantó desde el nivel de artillería, llegando finalmente a ser el “Emperador” de Francia, y no el rey francés.

El “Rey” es hereditario y el “Emperador” es elegido conforme a la habilidad, entonces, Ieyasu se calificaría como “Emperador”. “Emperador Taikosama”, título puesto en la pintura mural de la Catedral de Cuernavaca, es apropiado precisamente para Hideyoshi Toyotomi.

Además, existe otra razón por la que al conde Vivero le convenía ubicar al “Rey” más arriba que el “Emperador”. Primero, él era servidor del rey de España y no del emperador. Si se hubiera considerado al emperador japonés como “Emperador”, literalmente, y a Ieyasu como “Rey”, habría quedado el rey de España inferior. Empleando el título de “Rey” al emperador que era superior a Ieyasu, y llamando a éste por “Emperador”, tal vez querría intentar transmitir su idea de que el rey de España era superior al emperador.

Sin embargo, aún nos quedan algunas dudas. El título honorífico de Ieyasu era oficialmente “Shogun”, que quiere decir “Capitán General”. ¿Por qué no usó este título oficial? No es porque no tuviese conocimiento de ello. Efectivamente, escribía “Shogun” en las cartas que enviaba a Japón. Pero pensó que no sería posible que los reyes españoles

se dieran cuenta del poder de Ieyasu, si usaba el título de “Shogun”, que significa jefe militar. Por consiguiente, podríamos suponer que usó, por separado, “Shogun” para hablar a Japón y “Emperador” para dirigirse a España.

Es complicado el uso de títulos honoríficos en cualquier período, y resulta todavía más difícil entre países con culturas diferentes. ¿Habría decidido el conde Vivero emplear el título de “Emperador Taikosama” para Ieyasu, después de haberse calentado los sesos?

Casa de los Azulejos

Tokiyo Tanaka, Profesora de UNAM

[Capítulo 5]

En el capítulo anterior, estudiamos sobre el porqué de la aplicación del título de “Emperador Taikosama” para el “Shogun Ieyasu” en las cartas del conde Vivero. Eso no es el último punto “extraño” que se encuentra en dicho documento, puesto que éste no estaba dirigido a Felipe III (1598 – 1621), rey de España de ese entonces, sino a su padre Felipe II, quien ya había fallecido más de diez años atrás. Si no fue un error de imprenta al escribir II y III, se trataría de unas cartas destinadas a un “muerto”.

¿Por qué habría sucedido eso? No se podría creer que el conde no se hubiera enterado de la sucesión del poder en su país, de Felipe II a su hijo Felipe III. Entonces, es evidente que el conde pretendió ignorar al entonces rey Felipe III. ¿Sería posible eso? Ha de haber existido una razón significativa para tal hecho.

En primer lugar, observemos el perfil de Felipe III, al que rechazó el conde Vivero. Era nieto del emperador Carlos V del Sacro Imperio Romano, quien a la vez era el rey de España. Este imperio gobernado por Carlos V era tan extenso que se declaraba jactanciosamente que en el Imperio Romano “nunca habría el ocaso del sol”. Abarcaba casi toda Europa, desde Holanda por el norte hasta España e Italia por el sur, incluyendo, además, los territorios colonizados en América Latina y las Filipinas. A propósito, en México hay un chocolate llamado “Carlos V” en el que se ve impresa la figura del emperador. Él cedió el imperio romano a su hermano menor; España, Italia, Holanda y las colonias latinoamericanas y filipinas a su hijo Felipe II. Parece que Felipe II era bastante valiente, también, pero su hijo Felipe III no pudo mantener el enorme territorio que se volvió protestante, y perdió Holanda.

En “Historia de España”, un libro publicado en Madrid, se califica a él como un rey débil cuya presencia casi no se sentía. Se dice que recibió perfectamente la educación para ser rey, pero por ser enfermizo, melancólico y devoto, se encerraba en la capilla para dedicarse a rezar. Su padre Felipe II, tan preocupado por el futuro de su hijo, a la hora de su muerte pidió a uno de sus

subordinados de confianza que asistiera a su hijo. No obstante ello, Felipe III rechazó a ese asistente y escogió al duque Lerma, su predilecto, como el allegado de mayor confianza, confiriéndole todos los poderes.

Según el libro antes mencionado, “Historia de España”, el duque Lerma, hombre sediento de dinero y gloria, era más que hábil para conducir el país por el camino de corrupción, pero se mostraba incompetente para ocuparse realmente en la política. Por su culpa, la economía del país comenzó a decaer, al grado que apenas se podía administrar los asuntos del Estado con los ingresos provenientes de las colonias latinoamericanas. Casi la mita de esos ingresos eran de origen mexicano. El mal gobierno del duque Lerma provocó la reacción en toda España y el duque quedó destituido. Felipe III murió a causa de la gran decepción. Aunque era rey, le tocó vivir grandes penas por ser la tercera generación.

En cambio, su padre Felipe II era un rey popular, entusiasmado por la misión de defender el catolicismo, venció las tropas islámicas de Turquía en la Batalla de Lepanto y se enfrentó valientemente a los ataques emprendidos por los protestantes. Fue el rey que tuvo encuentro con la delegación de niños de Japón, enviada a Europa dos veces en la era de Tensho, en 1584 y 1585.

La vida y el éxito del conde Vivero estaban al lado del Felipe II. El hecho de dirigir sus cartas a propósito al difunto rey Felipe II, se debería a su protesta de no reconocer como su amo al rey Felipe III, manipulado por el duque Lerma.

Se puede comprender la existencia inmaterial del rey Felipe III a través del permiso de navegación expedido por el segundo Shogun Hidetada, destinado al duque Lerma, no al rey Felipe III de España. El conde Vivero ha de haber aconsejado al Shogun Hidetada que enviara el oficio al duque, en lugar del rey. Es indudable que el conde Vivero haya pasado un estado de ánimo muy penoso para hacerlo, pero ¿qué impresión tendría Hidetada de España al aceptar su consejo?

Casa de los Azulejos

[Capítulo 6]

Tokiyo Tanaka, profesora de CEPE, UNAM

En el capítulo anterior, dije que el libro “Cosas del Japón” escrito por el conde Vivero, quien hubiera llegado a las costas del Japón en 1608, representaba unas “cartas dirigidas al muerto”, es decir, al difunto rey Felipe II. En septiembre de 1598, el mismo año en que el rey Felipe II falleció, murió Taiko Hideyoshi, también. Encontramos un verdadero contraste en el continente euroasiático, entre la vida del soberano japonés en el extremo este y la del rey Felipe II en el extremo oeste. Éste nació como heredero del emperador del Sacro Imperio Romano, donde se decía que “nunca se ocultaba el sol”, mientras que Hideyoshi nació en una familia de pobres campesinos. Estos dos personajes tan contrastantes fallecieron sin distinción el mismo mes del mismo año, por los azares de la vida. En sucesión de Hideyoshi, llegó al poder el magnate Ieyasu Tokugawa. En cambio, al rey Felipe II le sucedió su hijo Felipe III, cuya existencia como rey no valía nada.

Lo extraño para mí es que el citado libro “Cosas del Japón”, siendo un documento oficial, ignorase por completo al rey Felipe III de España. Por muy poco que fuese lo que él representaba como rey, ¿es imaginable una situación así? La respuesta parece estar en la relación que existía en ese entonces entre México y España.

El verdadero poder de España pasó a manos del duque Lerma, en vez del rey impotente. El título de duque equivaldría al de daimyo (señor feudal) en Japón. En realidad, después de la Restauración de Meiji, en Japón se adoptó el sistema de clases copiando la sociedad aristocrática europea, llamando al daimyo por duque al que le seguían marqués, conde, etc., según el escalafón salarial (extensión de territorio). Entonces, el duque Lerma se ubicaba más arriba del conde Vivero. En un documento oficial que leería el duque Lerma, se hacía caso omiso a su amo, el rey Felipe III de España.

El propio conde Vivero permitió esta situación por la confianza que sentía en sí mismo. Estaba seguro de sí mismo como un noble que radicaba en México colonizado por España. En otras palabras, España se encontraba en dificultades económicas a causa de la corrupción e incompetencia del duque Lerma, y no podía vivir sin el apoyo económico enviado desde México. Desde luego, el pueblo español sintió repulsión contra el duque, y la clase aristocrática de España perdió la confianza del pueblo.

En cambio, la nobleza española que había llegado al nuevo mundo sostenía a la nación en vez de la clase noble corrupta en España, considerándose, tal vez, la verdadera corriente de la sociedad aristocrática española. Ciertamente, existe un gran número de nobles célebres que han dejado sus nombres en la historia. Ellos se afanaron por construir mansiones lujosas como si estuvieran compitiendo con los nobles de España. La “Casa de los Azulejos”, la casa matriz de la cadena de restaurantes Sanborns, es una de ellas. Con

razón, los viajeros europeos de aquel entonces llamaban a la ciudad de México “Ciudad de los Palacios”.

Parece que el libro “Cosas del Japón” escrito por el conde Vivero fue presentado primero al virrey, su jefe inmediato, y posteriormente enviado a España. El virrey, al recibir el informe dirigido al difunto rey Felipe II, debe haber elogiado el valor del conde Vivero.

A propósito, este virrey de apellido Velasco era tío del conde Vivero. Él fue el primer virrey criollo en México, y por ende, su sobrino conde Vivero era criollo, también. ¿Acaso no significaba el informe del conde Vivero una carta de desafío de parte de un noble criollo contra la nobleza española? La primera generación de nobles españoles llegaron al nuevo mundo deseando cumplir los sueños imposibles que no realizaron en España. La segunda generación hizo realidad esos sueños y consiguieron una victoria ante la metrópoli.

(continuará)

Casa de los Azulejos
[Capítulo 7]

Tokiyo Tanaka, profesora de CEPE, UNAM

En el informe escrito por el conde Vivero, encontramos varios puntos que parecen extraños para los lectores. Uno de ellos es su modo de pronunciar los lugares de Japón.

Por ejemplo, él registró Edo como “Yendo” y Suruga como “Surunga”. ¿Se debe este hecho simplemente a errores auditivos? Si no fue por este tipo de error, ¿por qué razón escribió “Yendo” y “Surunga”? Es que los japoneses de aquel entonces pronunciaban de esa manera, y por eso él representaba las palabras correctamente según las oía.

En realidad, la pronunciación de las palabras no es invariable, sino que va evolucionando con el transcurrir del tiempo. Aquí citaré un ejemplo famoso. La palabra que actualmente pronunciamos “haha (mamá en japonés)” era “papa” en los tiempos antiguos. No se trata de la inversión sexual, sino que se debe al cambio fonético. El sonido de la línea de “ha (se pronuncia como “ja” en español)” actual se pronunció con la consonante “p” en los períodos Heian y Kamakura. Al comenzar el período de Muromachi, la pronunciación cambió a “f” y se usó el sonido con “h (j)” en el período de Edo, el cual se ha conservado hasta la fecha.

Entonces, ¿cómo ha sido posible averiguar lo anterior sobre épocas en las que no existía la grabadora? El estudio se realiza con dos métodos principales. En el primero, se localiza una parte de algún documento antiguo donde se registra la sílaba “ha” actual, y se hace una presunción relacionada con su pronunciación a través de algún comentario referente a la misma. Como un ejemplo concreto, tenemos una adivinanza que dice: “Se puede encontrar dos veces con la mamá (papa en japonés), pero ni una vez con el papá (chichi). ¿Qué es?” La respuesta: “los labios”. Es decir, los labios se juntan dos veces cuando se pronuncia “papa”, por lo que la palabra “mamá” en japonés se pronunciaba como “papa” en aquel entonces.

En el segundo, se presume la pronunciación de los tiempos antiguos basándose en los documentos elaborados por los misioneros cristianos y los extranjeros que llegaron a partir del período de Muromachi, y que escribieron las palabras en japonés con letras romanas. Los sonidos de la línea de “h” en la época de Muromachi se representaron con la

“f”. En el diario del inglés llamado Cock(?) se usó la “h” en la época de Edo (se escribió Haconey para “Hakone”, por ejemplo). En resumen, el sonido actual de la línea de “ha” ha sufrido un cambio fonémico de “p”, “f” a “h”.

Analizaremos la palabra “Yendo (Edo)” de la misma manera. En primer lugar, nos damos cuenta de que en los tiempos antiguos existían tres sonidos para la vocal “e” actual. Se pronunciaban de distintas maneras como “e”, “ye” y “we” de las líneas de “a” (vocales), “y” y “w”, respectivamente. En las obras realizadas por Kino Tsurayuki en el período de Heian, encontramos el uso de distintas letras de kanji para representar los sonidos “e” y “ye”. En cuanto al “we”, podemos observar otra escritura en otros documentos antiguos. A finales de la era de Heian, se uniformó en “ye” y desaparecieron los sonidos “e” y “we”. Se escribían con “ye” en todos los documentos de la religión cristiana en la era de Muromachi. En esta era el centro político de Japón se localizaba en la región de Kansai (en el oeste), y el conde Vivero debe haber utilizado la pronunciación de esa región para escribir “Ye-ndo (Edo)”. ¿Por qué se ha llegado a pronunciar como “e” actualmente?” La razón es que el centro político se trasladó a Edo (en el este) y, por eso, recobró la fuerza la pronunciación “e” de la región de Kanto. Sin embargo, según los comentarios registrados en ese entonces, la pronunciación “e” sonaba “descortés” y se recomendaba no utilizarla. Dado que el antes citado escritor Kino Tsurayuki aplicó el kanji para “ye”, podemos darnos cuenta de que el sonido “e” de “Edo” se pronunciaba como “Ye”.

Ahora bien, ¿qué pasó con el sonido representado por “ndo” de “Ye-ndo” y “nga” de “Suruga”? Según los datos registrados, desde los tiempos antiguos hasta la era de Muromachi, los sonidos de las líneas “ga” y “da” se nasalizaban, por lo que lo correcto sería escribir con “nga”, “ndo”, etc. Estos sonidos fueron reemplazados por los “ga” y “do” de la pronunciación clara de los habitantes de Edo en la región de Kanto, y se arraigaron más adelante. Por consiguiente, las palabras “Yendo” y “Surunga” escritas por el conde Vivero estaban de conformidad con la pronunciación auténtica de aquel entonces, y no se cometían errores auditivos.

En México se pronuncia como “Biombo” la mampara formada por varios bastidores articulados, tal vez sea porque se haya quedado la pronunciación de aquella época en la que fue llevado a México vía Filipinas.

(continuará)

Casa de los Azulejos

[Capítulo 8]

Profra. Tokiyo Tanaka, CEPE, UNAM

En el capítulo anterior, planteé la hipótesis de que el origen de la palabra “biombo” en español sería la palabra japonesa que se pronuncia como “byobu” (su significado es biombo en español). Es muy probable que el “guarache” también haya provenido de la palabra “warayi” de japonés (quiere decir “sandalia de paja”).

El idioma japonés ha de haberse exportado junto con los productos, y viceversa; algunas palabras extranjeras han de haber sido introducidas en Japón. En 1543 fueron arrojados a las tierras de la isla de Tanegashima unos comerciantes portugueses, portando los fusiles de mecha, quienes serían los primeros europeos que conocieran los japoneses. Después de este hecho, se importó el idioma portugués junto con las mercancías de dicha nación. Pronto llegaron a Japón unos misioneros de la Compañía de Jesús, encabezados por Francisco Javier, situación que puso de moda el idioma portugués en el Japón de aquel entonces.

Algunas veces creemos que el origen de una palabra se remonta a los tiempos antiguos de Japón, resultando en realidad que proviene del portugués. Citemos unos ejemplos de ello; “sarasa (indiana, tela de algodón)”, “rasha (pañó)”, “yuban (ropa interior para el kimono)”, “kompeito (confite)”, etc. Aparte, tenemos varias palabras que se han convertido completamente japonesas, aplicándose inclusive algunos caracteres chinos (kanji) como equivalentes fonéticos, sin que se dé cuenta de que son palabras de origen portugués. Por ejemplo, “kappa (capa)”, “karuta (carta)”, “tabako (tabaco)”, “kabocha (calabaza)”, “totan (chapa de zinc)”. Se importaron con los productos las denominaciones en portugués como “kasutera (castilla)”, “pan”, “furasuko (frasco)”, “buranko (blanco)”.

Hasta la fecha, podemos encontrar las huellas que el portugués ha dejado en nuestra vida diaria, y algunas expresiones se siguen usando de forma cotidiana. Me refiero a “domo arigato (muchas gracias)”. Esta expresión tiene su origen en portugués; “muito obrigado”. Como los misioneros portugueses la empleaban con mucha frecuencia, parece que se hizo de moda en el período Muromachi. “Muito obrigado” se parecía mucho, tanto en la pronunciación como en el significado, a “arigatai (agradecido)” que empleaban los samurai de aquel entonces, por lo que quedó arraigado por completo como una expresión en japonés, y hoy día se ha hecho costumbre decir “domo arigato” sin tener la menor idea sobre esta historia.

En 1590 se trajo de Portugal la máquina de imprenta, y comenzaron a publicarse libros impresos en letras romanas. En 1603 fue publicado por los misioneros portugueses el diccionario portugués-japonés, y en 1630 se dio a conocer su versión española como diccionario español-japonés.

Un portugués de apellido Rodríguez llegó a Japón en 1577, desplegó importantes labores como intérprete, y escribió un “Libro de la gramática japonesa”. Posteriormente en Macao realizó otra obra, “Pequeño diccionario de la gramática japonesa”, abordando todos los aspectos del idioma japonés de aquella época, incluyendo el provincialismo. Era más de 200 años antes de que se publicase el libro escrito por Genpaku Sugita; “Introducción a los estudios del Occidente”.
